

LIBRO DE BIENVENIDA 2023

Premio Creación Literaria El Drag



Libro de Bienvenida 2023
Premio de Creación Literaria El Drag





Libro de Bienvenida 2023
Premio de Creación Literaria El Drag



© Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2023
© De cada texto su autor, 2023, 2022, 2021, 2020
© Del diseño e ilustraciones: Gloria Garrastazul

Edita:
Editorial UCA
Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz
C/ Doctor Marañón, 3 – 11002 Cádiz (España)
<https://publicaciones.uca.es>
publicaciones@uca.es
Depósito Legal: CA-311-2023
Impresión: Gráficas La Paz, Torredonjimeno
Maquetación: Gloria Garrastazul

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra»

ÍNDICE

<i>Presentación del Rector de la Universidad de Cádiz.</i> Francisco Piniella Corbacho	11
<i>Salutación del Presidente del Consejo Social.</i> Federico Linares García de Cosío	15
PREMIOS 2023	
N/ <i>Las multitudes</i> de Tháis Gamaza Gutiérrez	23
P/ <i>Postales del agua</i> de Manuel Laespada Vizcaíno	31
M/ <i>Invisibles</i> de David Cano Tur	41
PREMIOS 2022	
N/ <i>Siameses y Zarcillos</i> de Antonio Díaz González	47
P/ <i>Acostumbrar el pie a la piedra en el zapato</i> de Adriana Amelia Valdez Anaya	55
M/ <i>Silencio</i> de Ana María Roldán Perea	61
PREMIOS 2021	
N/ <i>Variaciones</i> de Fran Camacho Camargo	67
P/ <i>Díptico del mar</i> de Patrizia Carmen Marruffi Bonfante	83
M/ <i>Profanación</i> de Ana María Marín Bonat	89
PREMIOS 2020	
N/ <i>El mal aliento</i> de Manuel Ruiz Campaña	95
AN/ <i>Tiempo de agua</i> de Arturo Martínez González	107
P/ <i>Hogar</i> de Fran Seisdoble	123
M/ <i>Desdibujarse</i> de Socorro Celada Pérez	133
AM/ <i>Agresión</i> de África Mesa Rubio	137

XXII PREMIO DE CREACIÓN LITERARIA EL DRAG (2023)

NARRATIVA. GANADORA: Tháís Gamaza Gutiérrez

POESÍA. GANADOR: Manuel Laespada Vizcaíno

MICRORRELATO. GANADOR: David Cano Tur

El jurado estuvo formado por:

Alberto Romero Ferrer, María Alcantarilla Ramos, Nieves Vázquez Recio,
Daniel Heredia Romero

XXI PREMIO DE CREACIÓN LITERARIA EL DRAG (2022)

NARRATIVA. GANADOR: Antonio Díaz González

POESÍA. GANADORA: Adriana Amelia Valdez Anaya

MICRORRELATO. GANADORA: Ana María Roldán Perea

El jurado estuvo formado por:

Juan José Téllez Rubio, Daniel Heredia Romero, Alberto Romero Ferrer

XX PREMIO DE CREACIÓN LITERARIA EL DRAG (2021)

NARRATIVA. GANADOR: Fran Camacho Camargo

POESÍA. GANADORA: Patrizia Carmen Marruffi Bonfante

MICRORRELATO. GANADORA: Ana María Marín Bonat

El jurado estuvo formado por:

Daniel Heredia Romero, Nieves Vázquez Recio, María Alcantarilla Ramos

XIX PREMIO DE CREACIÓN LITERARIA EL DRAG (2020)

NARRATIVA. GANADOR: Manuel Ruiz Campaña

ACCÉSIT: Arturo Martínez González

POESÍA. GANADOR: Fran Seisdoble

MICRORRELATO. GANADORA: Socorro Celada Pérez

ACCÉSIT: África Mesa Rubio


El jurado estuvo formado por:

Alberto Romero Ferrer, Ana Sofía Pérez-Bustamante Mourier, Enrique García Luque

Libro de Bienvenida 2023

Premio de Creación Literaria El Drag





Presentación del Rector Una bienvenida de libro

Tiene en sus manos un libro especial. Todos los son, pero éste reúne características adicionales que refuerzan esta condición. Es una obra coral que se convierte al mismo tiempo en regalo institucional para el alumnado de nuevo acceso a la Universidad de Cádiz en el curso 2023/24. Con algunas pausas motivadas por las circunstancias, lo venimos haciendo así desde hace años porque entendemos que no hay mejor manera de recibir a las nuevas personas que integrarán nuestra comunidad universitaria que con un libro.

Y éste, como decía, no es un libro cualquiera. Es el resultado de una interesante iniciativa cultural arraigada en la planificación del Servicio de Extensión Universitaria del Vicerrectorado de Cultura de la UCA: el Premio de Creación Literaria El Drag. En esta ocasión, sus páginas aglutinan los textos ganadores de la XXXIII edición, que ha contado con la nada desdeñable cifra de más de ochenta trabajos presentados entre narrativa, poesía y microrrelatos.

Es bueno alumbrar iniciativas que inviten a la participación, que sean un estímulo para la creación cultural y que constituyan una isla de reflexión en medio del agitado océano de aceleradas transformaciones donde cohabitamos a diario. Pero, sobre todo, es aún mejor dotarlas de continuidad, para que trasciendan el impacto del intento inicial y persistan en el tiempo. Este Premio de Creación Literaria El Drag lleva más de 30 celebrando la creatividad literaria. No sería así sin el soporte indispensable de nuestro Servicio de Extensión Universitaria. Este curso, con el impulso de la Biblioteca UCA y el apoyo del Consejo Social de la Universidad, el Drag se hace regalo de bienvenida.

Este libro no es un clásico de la literatura. En cambio, sí lo es nuestra peculiar manera de abrir las puertas al conocimiento de la institución universitaria. Cada curso el alumnado de nuevo acceso recibe un doble carné: el universitario y un libro de bienvenida que, más que un producto de consumo intelectual, alcanza la condición de símbolo.

La universidad debe ser una institución de puertas abiertas al saber, a la tolerancia, al pensamiento crítico, a la reflexión pausada, a la formación en capacidades, habilidades y valores. Un libro simboliza, precisamente, eso: un universo abierto a la imaginación, la inventiva, la creatividad y al pensamiento.

Por eso, si me permiten el juego de palabras, más que de un libro de bienvenida hablamos de una bienvenida de libro, redonda, inmejorable, casi perfecta, porque la perfección, como saben, no existe como tal, es una perversión de la inteligencia. Lo más cercano que ha sabido crear el in-

telecto humano es, quizás, el placer y el saber de las palabras que reposan en los libros y que, como el arpa del salón en el ángulo oscuro de Bécquer, esperan la mano de nieve que sepa arrancarlas... y leerlas.

Francisco Piniella Corbacho
Rector de la Universidad de Cádiz

Salutación del Presidente del Consejo Social

Como presidente del Consejo Social, me complace darte la bienvenida a la Universidad de Cádiz, donde con toda seguridad vivirás unas de las etapas más intensas y enriquecedoras de tu vida. Tras finalizar tu educación secundaria, has elegido nuestra universidad para formarte como persona y como profesional para un futuro que se vislumbra apasionante y que requiere de jóvenes con ilusión, talento y compromiso. No puedo estar más agradecido por tu decisión. Te prometo, en nombre de esta comunidad que te brindaremos todos nuestros recursos y conocimientos para que tengas a tu alcance las oportunidades que mereces.

Qué mejor manera de darte la bienvenida que con este ejemplar que tienes en tus manos y que recoge los mejores trabajos del Premio de Creación Literaria El Drag. Aunque parezca pequeño, encierra en cada página universos enteros de creatividad y talento. Ojalá que estas palabras te sirvan de inspiración y te permitan proyectar tu voz y creatividad en los pasillos y aulas de nuestra universidad.

Este libro es un testimonio vivo de la diversidad y el dinamismo que nos define como institución educativa. Cada relato, poema o ensayo es una ventana hacia nuevas experiencias, emociones y conocimientos. En estas páginas podrás sumergirte en los recovecos de la mente creativa, explorar y dejar volar la imaginación, mediante la guía de las palabras y la pasión de sus talentosos textos.

Este proyecto emblemático, impulsado por el Servicio de Extensión Universitaria del Vicerrectorado de Cultura, refleja el espíritu de creatividad y la pasión por las letras que caracteriza a nuestra comunidad universitaria. Mi agradecimiento a las personas que han participado en este proyecto, especialmente a las que se atrevieron a compartir su obra, así como al jurado que tuvo la difícil tarea de seleccionar las obras ganadoras.

La Universidad de Cádiz es un espacio de aprendizaje, crecimiento y oportunidades. Aunque te enfrentarás a muchos desafíos, también serán abundantes las recompensas. Te insto a disfrutar por completo de esta experiencia, explorar nuevas áreas de conocimiento, involucrarte en actividades extracurriculares y a establecer relaciones significativas que convertirán esta etapa universitaria en un momento inolvidable de tu vida.

En estos tiempos en los que todo avanza rápidamente y los avances tecnológicos compiten por sustituir las capacidades humanas, no debemos olvidar que somos seres únicos y que nuestras emociones son la esencia que nos define. La universidad pública es un claro ejemplo de defensa de la diversidad y la creatividad, de la igualdad de oportuni-

des, sin importar las condiciones personales, económicas o sociales de cada uno. Aprovecha y exprime al máximo esta oportunidad, que hará que vivas estos años de forma intensa.

Estás a punto de iniciar un viaje excepcional que te llevará a descubrir tus pasiones, a alcanzar nuevas metas y a forjar recuerdos duraderos. Trabaja con entusiasmo y no dejes de luchar por encontrar tu propia voz, sin miedo a desafiar las convenciones. Sólo desde el punto de vista crítico se alcanzan las respuestas para construir un mundo mejor.

Te doy la bienvenida de nuevo a la que va a ser tu casa durante los próximos años. Y deja que la universidad, con toda su grandeza, deje una huella profunda en tu vida.

Federico Linares García de Cosío
Presidente del Consejo Social de la Universidad de Cádiz

Sobre las ilustraciones:

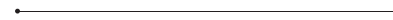
Gloria Garrastazul. Cádiz.
Médica, diseñadora e ilustradora.


Desde el 2005 su trabajo se centra en el diseño de cartelería, diseño editorial, ilustración editorial, ilustración médica y científica, ilustración mural, identidad corporativa y su obra personal.

“El porqué un libro de bienvenida universitario tiene de portada a una niña:

Mi relación con los libros comenzó con los libros ilustrados y no iba a la playa sin ellos. Le decía a mi madre y a mi tía que leyéramos juntas los libros de Carme Solé en voz alta y luego nos dábamos un baño para seguir leyendo. Los libros me acompañan desde entonces y de aquí las ilustraciones interiores. De adolescente como una lluvia infinita, los que se sientan conmigo en la soledad, los que me formaron en la universidad...y siempre con un efecto mágico: aparecen dando respuestas a preguntas que me asaltan. Leer creo que es algo de lo más hermoso que podemos hacer en la vida”

PREMIOS 2023





Narrativa

LAS MULTITUDES
Tháis Gamaza Gutiérrez

Un pez me sube y baja por la garganta y cierra mi apetito a su antojo. Salgo a la terraza. Luce frondosa y la pureza del oxígeno me punza. Lleno los pulmones de humo para que no desaparezcan en autofagia. Mi reflejo en el ventanal que queda en frente me sonrío nervioso y pienso que esta debe ser una de esas veces en las que tengo que actuar sin barajar las consecuencias.

Cojo mi mochila y bajo contando los escalones. Noventa y tres, noventa y cuatro, noventa y... En cuanto salgo a la calle, echo a correr. La maleta me golpea rítmicamente la parte baja de la espalda como si me estuviera consolando. Esquivo a un señor que me insulta. Los cláxones de los coches suenan a mi paso, pero no me detengo. Corro. Corro lo más rápido que mis piernas me permiten. Corro, para no arrepentirme.

Comienzo a notar el ardor en mis extremidades por el esfuerzo al que las estoy sometiendo. Trato, por todos los medios, de no mirar a nadie para no sentir el vínculo. Atravieso el espacio como si hubiera afilado mi cuerpo antes de salir de casa. Aire extraño, aire frío. La *a*, la *i*, la *r*, la *e*. La rara, la miedosa, la correcta.

Llego al lugar de los espejos. Cierro los párpados y preparo las manos para que sustituyan a mi vista. Sé que todos me están mirando, aunque nadie me esté viendo, de hecho, yo tampoco quiero hacerlo. Alcanzo a tientas la fuente y levanto una mano. *La segunda mesa a la derecha*, me indican. Aguanto la respiración y entro siguiendo el impulso inconsciente que me empuja a girar el pomo, a propiciar el encuentro, aunque mi cuerpo se deshaga en pequeñas bolas que queden esparcidas por el suelo y me supongan una trampa.

Me he hecho un ovillo sobre la silla. Me encojo sentada en uno de los rincones que quedan al final de la plaza sin moverme. Me protejo en mi espacio vital disfrazado de arte, con las paredes forradas de capas gruesas de papel pintado para que nadie pueda atravesarlas. El rojo de mis labios ya forma parte de la copa de vino que trae el camarero y me planteo si tal vez me estoy deshaciendo.

Una canción absurda se me repite en la cabeza mientras intento concentrarme en algo. Lo que sea que haga que el tiempo avance. *A veces me siento sola*, pienso, *con la cantidad de cosas pendientes que tengo por hacer, y pierdo el tiempo en sentirme sola*. Cambiar las sábanas, limpiar el polvo, rellenar documentos, comprar comida, pedir un abrazo, son algunas de las tareas que llevan semanas escritas en la pizarra de la cocina.

La palabra sola, ocupa ahora todo el espacio.

SOLA
SolA
SoLa
SOLa



Él pide permiso y le digo que pase. Me habla mientras miro al punto exacto que queda entre sus cejas. *He cometido el error de mirarlo a los ojos*, me digo. Me quedo encerrada en el canela montañoso bordeado de vegetación. Creo que aún estoy a tiempo de decidir si quiero arriesgarme a no encontrar el camino de vuelta. Asiento con la cabeza. Emito unos sonidos robóticos que imitan a la risa. Me despido con un abrazo en el que apenas lo rozo. Él alarga la acogida de la que intento zafarme por inercia. Insiste, no me suelta, hasta que, al final, consigue cavar un agujero en mi muro.

Quedo herida. Con un hueco que me ha llevado años tapar y que, de nuevo, permanece al descubierto y a la vista de cualquiera. Un sacrificio en apenas unos segundos. La introvertida, la cobarde, la que prefiere imaginar y no hacer. Él se va. La acorazada, la peculiar, la insegura. Ahora yo y todas ellas persiguiéndome. Ahora yo, con los ojos abiertos, arrastrándolas conmigo. Todas esas mujeres que me obligan a mirar y que siempre me ponen en peligro.

Vuelvo a casa. Intento aligerar el paso, pero mis piernas, agotadas por el camino, no responden y me siento forzada a observar. Demasiada claridad, demasiado ruido, demasiado expuesta. Pienso que no quiero, que se pueden elegir los deseos, que no es nada más que la química del cuerpo. Me juzgo, que cómo ha podido pasarme esto a mí, que estoy a tiempo de revertirlo. La callada, la huidiza, la independiente.

SOLA
SoLA
SoLa
SOLa

He recibido esa sentencia muchas veces. ¿Realmente es tan horrible? Hace mucho que no lo pienso, ni siquiera he tenido tiempo para pararme a extrañar al otro, pero, las visitas de mamá, siempre me dejan un poso de remordimientos heredados.

Has perdido peso, estás mejor así, pareces otra, ... dicen todas esas personas que se toman la licencia de opinar sobre físico ajeno. Si me preguntaran cuál es el secreto, lo tendría claro: Meterse la soledad en el cuerpo.

Los próximos días se convierten en una incertidumbre con aristas cortantes y mi defensa titubea como una luz a punto de fundirse. Fantaseo con el próximo día que nos veamos y soy consciente de mi contradicción. Cada vez que cierro los ojos, me observo allí, esperando junto a la fuente. *Qué dije, cómo lo dije, ...* Un abrazo, —revivido— que invoca un estropicio o, peor aún, el rechazo. La ególatra, la jueza, la impermeable. Dice Pizarnik que tiene miedo de ese gran NO que se le sube a la cabeza.

Me pregunto si realmente importa una respuesta ajena, o si tal vez lo único significativo es que, con mis compañías, ya no me siento tan sola.

SOLA
SoLA
SoLa
SOLa

Dejo que las letras me calen hasta que se me olvidan sus ojos. Me acomodo en la cama. «Estoy entre la gente. Detrás de cada uno vive una tribu que no veo», leo en Sanin.

Tháis Gamaza Gutiérrez

Mis cuatro letras. La *s*, la *o*, la *l*, la *a*. Las abrazo sobre el colchón que ahora está caliente, estiro la sábana sobre ellas y me marcho.

Últimamente es mi pasatiempo preferido. Y se me van las horas en plantearme, por ejemplo, que pasatiempo es una palabra del todo desagradecida con la existencia. O en que soy una hormiga, que lo somos todos. Y recuerdo que, cuando tenía cinco años, papá me dijo que quería reencarnarse en una mosca, para ver las cosas desde arriba y vivir sólo tres días.

Poesía

POSTALES DEL AGUA
Manuel Laespada Vizcaíno

I

EL AGUA SIEMPRE ESPERA

El agua siempre espera. No hay urgencias.
Sabe que hasta su falda
acudirá la luna a columpiarse,
el lagarto a beberse su sed a bocanadas,
a rizar sus cabellos la tormenta
o el pájaro asombrado
a dejar en su espalda sus pasos de ballet
como cuchillos...
Nunca será la soledad coartada
y el tiempo, en sus entrañas, pasará
-como el sol, el silencio o el beso de los años-
de puntillas.
El agua siempre espera inmarcesible, férrea;
tiembla, acaso tiritita,
si unos ojos se miran en su azogue
o ante la hoja vencida. Desnuda nos aguarda
siempre deshabitada y siempre virgen,
ella que es fronteriza y no conoce



banderas envolventes, límites ni fronteras,
más colores que los del arco iris.

El agua siempre espera,
tan solo se estremece ante el asombro
de los ojos abiertos, como abrazos,
como gotas de fuego -ya sin luz y sin sed,
pecio ya abandonado y sin salida-
que le dejan, por siempre, sus ahogados.

2

VOCACIÓN DE OLVIDO

Cada torrente arrastra vocación de olvido.
Silencio concentrado entre las cañas
que ponen a la vida y al paisaje
la rúbrica invisible de lo efímero.
Es pródigo -y es hijo- del eco y la tormenta,
y cuando la avenida
regresa a la razón que lo sostiene
(porque es hijo y es pródigo)
se abraza a los carrizos con denuedo,
besa el mirto con fuerza hasta arrastrarlo,
y homicida devora las adelfas.

Es soledad, dormido, en el estío
pero brotan veneros de pandoras
cuando el cielo se rompe y, presuroso, abraza
con su lengua letal a los silencios.

3

TACTO DEL AGUA

Porque el tacto del agua
es lo más parecido al desapego:
se escurre o se evapora al tomar nuestro cuerpo
lentamente para no hacernos daño.
No es como el sol que hinca
sus labios sudorosos y tan turbios
sobre la piel desnuda
y se queda dormido y nos incendia
con su aliento de miel abandonada.
El agua, sin embargo,
acaricia como si amante trémulo
dejándonos su beso de emigrante.
(Incluso algunas veces nos ahuyenta las moscas
o nos regala un pez).

4

NORIA

La noria ya no llora,
sus cangilones secos
son cuencos de abandono
donde brota el silencio.

5

GÉNESIS DE LA SED

No es sinónimo sed de oasis o sequía,
no es la falta de lluvia lo que pinta
con cárdenos destellos
los labios agrietados del sediento
ni lustran las ojeras del ahogado
con barro. La sed es otra cosa,
no solo está en las bocas ni en la ausencia
del agua en los cristales;

ni siquiera la nieve es garantía
de quien busca en el agua su frontera,
del que ama el naufragio.
Hay sedientas caricias
y manos donde nunca llegó la plenamar,
ojos que sin el brillo que pinta el oleaje
solo miran distancias y son cierzo.
Y hasta los dedos fríos del rocío
lejos de ser refugio, son lágrima incendiada.
La sed no es aridez, es otra cosa.
La sed es agua rota,
relámpago que ciega ventanas y esperanzas
y no acaba saciándose
bebiendo hasta el hartazgo.
Y no hay término medio en sus ojeras,
no hay anaqueles
que le presten asilo a la sequía.
La sed es otra cosa,
tiene ojos de pantera malherida
y ama los holocaustos porque en ellos
maquilló sus ojeras y busco la alianza
que imponen los silencios.
Es una muerte a plazos.
Y es que a veces la sed
nos acaba matando más que el tiempo.

6

EPIGRAMA EN LA CIUDAD DEL RÍO PRISIONERO

Los hombres fueron, sí, los que quisieron
apresar mi cintura en sus ciudades.
Perdónales, Señor de las Tormentas.
Perdónales. No saben lo que hacen.

Microrrelato

INVISIBLES
David Cano Tur

I

Cuando la organización me encargó el cartel anunciador del Encuentro sobre Trastornos del Aprendizaje, no dudé en colocar bajo la imagen del fundador de nuestra asociación la frase: Los disléxicos también somos persianas.

II

La discalculia o dificultad en el aprendizaje de las matemáticas es un verdadero dislate. Siempre sobra arroz en las paellas de los domingos o termino pagando más gintonics de los que bebo.

III

El día que mi pareja me abandonó, supe a ciencia cierta que se trataba de una disfunción neuronal de los sentimientos.



PREMIOS 2022



Narrativa

SIAMESES Y ZARCILLOS
Antonio Díaz González


Y

o nunca había visto a un gitano, aunque me los imaginaba. Cuando nos poníamos a jugar con la copa de picón, toqueteando las ascuas con un palito para que saltaran chispas, mi padre nos decía que así cogéramos el olor de la candela y que oleríamos a gitanos. Cuando mi hermana salía de la casa con greñas, mi padre le ordenaba a gritos que entrara a peinarse y que no saliera así, que salir de casa despeinada también era cosa de gitanos. Poco a poco les fuimos cogiendo miedo, sobre todo después de oír a mi padre y a Juana, la panadera, susurrando algo sobre un posible encuentro con la gitana del loro. Temíamos que llegara ese momento, nos la imaginábamos como una especie de bruja con verrugas.

Y un día que estábamos los tres afuera, en el llanito de zahorra, junto a la higuera, vimos que se acercaba una mujer. Detrás, a cierta distancia, venía un hombre con un bastón. Eran altos y con andares tranquilos. ¿Terminarían por entrar en el caminito o seguirían de largo? Normalmente salíamos corriendo hacia la casa cuando pasaba alguien, pero ese día nos quedamos allí esperando a ver qué

pasaba. Al llegar a la entrada de nuestro carril tomaron el caminito hacia nosotros y se fueron acercando más y más, mirándonos de frente. Nos pusimos nerviosos. Desde lejos ya vi algo raro en aquella mujer, tenía unos ojos enormes. Además, los llevaba pintados con unas líneas negras que se les escapaban en punta por las comisuras de los ojos. Mi hermana Celia salió corriendo para despertar a mi padre de su siesta. No estábamos acostumbrados a visitas ni a hablar con extraños. Cuando la mujer llegó a nuestra altura se agachó y me acarició la barbilla. No a mi hermano, el más grande y hermoso de los dos, sino a mí. Eso no me lo había hecho nadie antes, a excepción de un abrazo de Juana, la panadera, cuando me regaló el libro de Julio Verne.

La mujer gitana me preguntó por mi nombre y me despeinó cariñosamente, dejando el rastro de su perfume sobre mi pelo y una especie de eco de tintineo de pulseras brillantes en el aire. Olía a limones verdes. Verdes y dulzones mezclados con romero, o algo así. Yo no había escuchado nunca la palabra elegante ni sabía lo que eso significaba. Aquel día aprendí el concepto antes que la propia palabra. Luego nos sonrió abriendo sus labios del color del higo de tuna y nos enseñó su dentadura grande y hermosa. Nunca habría imaginado que unos dientes pudieran hipnotizarme así. Se incorporó y se acercó a la casa con un bolso bamboleando en su mano izquierda. Me fijé en sus manos, en las dos tenía pulseras de oro. El brillo dorado sobre su piel me resultó tan extraño que se me vino a la cabeza su imagen sobre un altar o algo parecido, con muchas flores, no sé cómo explicarlo. La seguimos con la mirada mientras ca-

minaba hacia la casa. Había venido por el camino de tierra y, sin embargo, sus zapatos de charol brillaban como los escarabajos después de una tormenta. Sus meneos y su ropa oscura y ajustada nos tuvieron en vilo hasta que entró tras apartar la cortina. El hombre que la seguía buscó algo para sentarse y encontró la silla de enea junto al pozo, la colocó bajo la higuera y nos habló con voz grave y tranquila.

—Qué bien. Todo el día los dos juntitos, ¿no?

Cruzó las piernas y se dejaron ver los calcetines blancos. Sus zapatos terminaban en punta, en una cuña amenazante, sobre todo cuando empezó a balancear una pierna sobre la otra. La tela del pantalón, negra con rayas, bailaba al son del vaivén. Se dio cuenta de que eso nos hipnotizaba y ya no paró de moverla. Calistro se acercó a curiosear. Iba a olisquearle los pies, pero se detuvo ante el balanceo, relajó de nuevo su hocico húmedo y se volvió, tan diligente como había venido. Su sonrisa, la del hombre, también era de dientes grandes, aunque no tan blancos. Sacó un paquete rojo de su chaqueta y encendió un cigarrillo. Siguió hablando, aunque hacíamos más caso al aroma del humillo que a sus palabras.

—¿Cómo os llamáis? ¿Tenéis un nombre cada uno o uno para los dos?

—Yo, Martín, y éste, Pascual —le respondí, por si acaso así comenzaban a disolverse nuestros motes, Pegao Chico y Pegao Grande.

—Ah, qué bien. Y siempre vais juntos, ¿no? —insistió.

—Estamos pegados... ¿no nos ve? —le dije.

—Ya, claro. Qué pregunta...

—¿Usted sabe leer y escribir? Nosotros sí —me apresuré a decirle, ansioso por que el mundo supiera lo de las clases de la panadera, por fin.

—Sí, claro que sé escribir —contestó el hombre sin dejar de balancear su pie puntiagudo.

—¿Y las metáforas? ¿Sabe usted lo que son las metáforas?

—¿Metaqué...? Uy, chiquillo, yo qué sé —y dio otra calada para expulsar el humo hacia arriba.

Intenté conducirlo por el sendero del saber explicándole lo de las metáforas. No me dio esa oportunidad. Cambió de tema sin darme cuenta y durante un rato no paró de decir pamplinas. No decía nada importante, aunque en ningún momento nos hizo sentir incómodos, al contrario, de vez en cuando nos preguntaba cosas y daba la impresión de que le importaba lo que decíamos —con tal que no fuera sobre metáforas—. De vez en cuando miraba hacia la cortina de la casa y luego a su reloj, que también brillaba, como las pulseras de la mujer. De pronto, como si se hubiera quedado sin tema de conversación, nos saltó con la típica tontería que se pregunta a los niños.

—Bueno... ¿Y qué queréis ser de mayores?

Y me entraron ganas de buscar un pelote para darle un cantazo en la cara. Todo había ido bien hasta que a aquel moreno con pie nervioso se le ocurrió hablar de futuro a dos niños siameses. Nos quedamos en silencio. Al ratito salieron todos de la casa, la mujer primero, con una sonrisa más grande que la de antes, mi padre detrás y mi hermana la última, dando saltitos y tocándose las orejas. Estaban contentos y yo no sabía por qué. El hombre moreno con traje

de rayas se apoyó en su bastón de bambú, se levantó con aparente esfuerzo, como justificando un duro trabajo, y nos guiñó antes de seguir a la mujer a unos pasos de distancia. La pareja se fue por el caminito guardándose la distancia, igual que había venido. Mi padre retomó sus faenas en la huerta y mi hermana se nos acercó a enseñarnos sus nuevos pendientes de oro, que ese era el misterio. Eran grandes y se movían llevándose sus lóbulos de un lado a otro.

—Me los ha comprado papá. La panadera le ha dicho lo bien que aprendo las cosas y que me debería llevar al colegio. Ah, y que tengo que vestir como una mujercita, que me estoy convirtiendo en un marimacho.

Yo estaba convencido de que mi padre nunca la llevaría al colegio, por mucho que la viera por las noches haciendo cuentas o escribiendo, parándose de vez en cuando para restregarse los ojos por la falta de luz. Más de una vez lo pillamos mirándola, embobado, mientras Celia apretaba el lápiz mordiéndose la lengua.

—¿Se los ha comprado a esa mujer? —preguntó mi hermano.

—Sí, a Damiana, la gitana del oro.

—Ah... —dijimos los dos a la vez.

Durante un tiempo relacioné a mi hermana con el movimiento de vaivén de sus pendientes. Se la veía alegre, aunque más tarde me di cuenta del motivo por el que mi padre nos vestía mejor y compraba zarcillos a mi hermana: con eso, creo yo, hacía ver a Juana, la panadera, que no era tan señorito ni tan mal hombre. Mayesto, sí, pero a su entender, honrado, aunque no nos llevara al colegio.

Pocos días después se acercó Juana a casa. No traía pan sino una caja de cartón. Le regaló a mi hermano Pascual todos los tebeos de su Ramón y a mí varios libros más. No quiso decir nada, ni que le diéramos las gracias. Hacía tres días que había enterrado a su niño. Sí, Juana era buena persona. No se tenía que haber ido de Conil, de las Huertas del Pirata, unos meses después. Les daba cordura y sentido. No tenía que haberse ido de aquel rincón encajonado entre lindes de tunas, un poco más allá de las tumbas de romanos, o de moros, cerca ya de los pinares de san Cayetano. Pero claro, para eso tampoco se tenía que haber metido Ramón en aquella cueva de La Muela, cerca de Vejer, con sus paletas separadas y su gesto de cuello para aventar el flequillo, ni se tenía que haber muerto desnucado en una mala caída, él siempre tan valiente de un lado a otro con sus aventuras de machito. Pensándolo bien, tampoco se tenía que haber ido Ambrosio a Alemania. Ambrosio, el de la vaqueriza, el padre de Lele. Pero esas son otras historias, que me lío.

Celia traía los cubos de agua del pozo con meneítos hacia los lados y sus pendientes hacían el recorrido contrario, como si así compensara el peso y el vaivén de los cubos. Luego, no recuerdo cuándo ni por qué, dejé de vérselos puestos, poco antes de que mi padre la enviara a servir, tan chica. En realidad, dejé de ver aquellos pendientes y a mi propia hermana. En aquellas fechas no fui consciente de que Celia, mi pequeña madre postiza, desaparecería tan pronto de nuestras vidas. Aunque lo más duro fue cuando, dos años más tarde, falleció Pascual, mi hermano siamés.

Poesía

ACOSTUMBRAR EL PIE A LA PIEDRA
EN EL ZAPATO
Adriana Amelia Valdez Anaya

HAGAMOS UNA METÁFORA
DE LA BICI ELÉCTRICA

Hagamos una metáfora de la bici eléctrica:

(.....)

Ahora hagámosla sonar.

Con un pote de yogurt o
un pedazo de cartón
la rueda trasera tronará
endemoniadamente.

Ornamentémosla.

Nadie en su sano juicio quisiera perder el día
metaforizando bajo un sol tan precioso.

De acuerdo.

Hagamos un par de analogías entre el agua y los voltios:

(.....)

(.....)

Ahora por favor

¿podríamos ir a pedalear?

LA ELONGACIÓN ES UN TIPO DE EJERCICIO QUE SE REALIZA EN FORMA LENTA

Dentro la incomodidad de una licra blanca
Una mujer acostumbra el pie a la piedra en el zapato
al ardor de unos pasos que la lleven al altar.
Para cumplir el sueño del confort
una casa, un coche
un papel doble hoja.
Calcula sus pisadas sabiendo
que una gota de su pasado basta
para manchar la licra.
La liga que ahora mismo estira junto a sus piernas
e incluso las nubes surcando el cielo.

RÉGIMEN ALIMENTARIO

Agradece al universo por la crema de espárragos en la cena
por el yoga, por el tofu
por el canto de las ballenas en los mares del sur.
Da gracias por el plástico biodegradable
por la estevia por el pastel
por las nubes que en las cumbres se forman en su nombre.
Agradece la luz que infinita le ilumina.
Los astros susurrantes por las noches.
La berenjena libre de pesticida.
La masa madre de cada día
la cúrcuma, el jengibre, las infusiones detox.
Agradece al universo por krishna
por buda, por inti, por ometéotl y
por cada una de las diosas que le habitan.
Da gracias por la palabra gracias
por la leche sin lactosa, por la cerveza sin alcohol
por el feng shui, por el tai chi, por la lectura de la coca.
Con modestia agradece las bendiciones del universo y
la atención que este agradecido le presta cada vez que
[agradece.

Adriana Amelia Valdez Anaya

EL PRIMER PASO ES EL EJERCICIO MÁS DIFÍCIL

El opaco ventanal de la calle
refleja el dolor de un cuerpo
dispuesto a perder su forma

a dejar la grasa adherida
como parásito a su carne

del otro lado un joven
cuelga su musculatura en la barra
cual animal en exhibición

mientras una muchacha en el espejo
muestra un argumento más
en favor de lo hermoso.

Microrrelato

SILENCIO
Ana María Roldán Perea

MALDITOS apartamentos de paredes tan delgadas. El llanto de ese niño atravesándome los tímpanos día y noche, sin descanso.

De vez en cuando para y, como burlándose, me obsequia con un efímero silencio, engullido de nuevo por ese agujero negro de grito y lágrima.

Son las 15h. Hace rato que no se oye un alma. ¡Qué paz! Me siento alegre. Salgo al balcón aceptando de buen grado el cálido abrazo del sol.

¿Qué diablos pasa ahora? Desgarrados gritos y llantos de mujer en penosa alternancia.

No tendré más remedio que volver a hacer hueco en el arcón congelador.

PREMIOS 2021



Narrativa

VARIACIONES
Fran Camacho Camargo

*Si es arte, no es para todos,
y si es para todos, no es arte.*

Arnold Schönberg

Un fuego en puntadas e hilvanado hacia la parte superior, como llamaradas saliendo desde la zona en la que el lienzo se extinguía en la madera. Un espacio neutro del color de la tierra árida en la parte central, lleno de gránulos microscópicos.

Si alguien se hubiese acercado con la punta del dedo humedecido para chuparlo, se habría dado cuenta de que parte del cuadro estaba hecho con las especies caducadas de mi cocina, pero era una feria de arte contemporáneo y jugar con las texturas y con la confusión del espectador, era todo lo que tenía que hacer para ganar dinero.

En la mitad superior utilicé telas sobrantes de ropa vieja, calcetines y algún calzoncillo recortado con las tijeras.

Desde la línea que había en el suelo y que marcaba el límite para acercarse a las obras, cobraban una dimensión figurativa, como de pájaros queriendo escapar de esa especie de infierno. Lo llamé *Ciudad en Llamas* para permitir a los espectadores dotar de significado a aquella obra que por sí misma no explicaba mucho. Tal era la capacidad sugerente del título que estaba convencido de que, de haberle dado la vuelta, con las llamaradas apuntando hacia los zapatos del público, la mayoría de los asistentes habría interpretado lo que veía de la misma manera.

El cuadro estaba situado justo después de una serie de lienzos de un artista consagrado de la región de Calabria: Rino Palazzini, y había sido señalado como pieza única y de artista anónimo.

FEART, a diferencia de otras ferias de arte contemporáneo, permitía a los participantes mantener el anonimato. Algunos de los creadores de años anteriores lo habían solicitado para que se valorara la obra por sí misma y no por el nombre del artista. FEART lo consintió; a cambio, solo había que ingresar tres mil euros por la inscripción de la obra y que esta fuese señalada en subasta antes de que transcurrieran tres días.

Estuve sentado durante horas en el banco que estaba colocado frente a los óleos del artista calabrés. No entraban en subasta, tenían un precio fijo, el cuadro más bajo se valoró en doce mil euros. Era un lienzo en blanco y unos copos azulados caían llovidos desde la parte superior derecha hacia un cubo metálico de basura.

Cientos de personas pasaron por la sala hasta que, veinte

minutos antes del cierre, uno de los comisarios se detuvo delante del cuadro de los copos que caían y puso una pegatina de obra vendida junto al título. Palazzini acababa de venderlo por doce mil euros.

A la vista estaba que el hecho de que estuviera tumbado y fumando en el sofá de su casa en Calabria, no le confería ninguna desventaja con respecto a la guardia que yo había montado frente a mi obra; más bien todo lo contrario.

El comisario se alejó, llevaba tres carteles más y los pasaba de una mano a otra como si los estuviera ordenando mentalmente. La sala se quedó vacía. Fui hacia mi cuadro y arranqué uno de los trozos de tela que simulaba aves apocalípticas en la composición y que estaba empezando a desprenderse. Se descubrió un trozo de lienzo virgen, de un blanco doloroso, y utilicé el pulgar para arrastrar un depósito de pintura que todavía rezumaba en la parte central de la obra. Con un borrón unté la zona nueva para que no se notara la acción improvisada. El resultado no distaba mucho del original.

Fui hacia el baño pensando que debía de cambiar el nombre por el de "Variación". Antes de entrar, solté el trozo de tela en una de las papeleras. Por la rugosidad en la yema de mis dedos debía de ser una parte de calcetín. Me lavé las manos. Cuando el agua se llevó la pintura, tiñó la loza de un cobre que se fue degradando hacia el color de la orina que poco después dejé caer en el váter.

Fui el último en salir de la Feria.

Había guardado unas latas de conservas en el interior de una caja de cartón de la habitación de mi apartamento.

No había cobrado mucho por los muebles, ni siquiera una cuarta parte de lo que pagué por ellos al llegar. Me dieron un poco más por el metal de los enseres sobre los que cocinaba: sartenes, cacerolas y una cubertería de acero inoxidable. Lo suficiente para poder pagar el registro de entrada de la obra que presenté en FEART. Terminé de comerme aquella ensalada italiana que bien podía pasar por una ensalada mejicana de haber tenido un punto más de pique, y fui a tumbarme en las dos mantas, sobre el suelo de mi habitación.

Desperté a las dos de la madrugada. Podía ver una parte de la luna a través de una grieta en las lamas de mi persiana. Me levanté y miré por el agujero como si se tratara de un telescopio o la rotura en el centro de una oblea. La luna estaba fresca, como si acabara de comerse otro satélite; blanquecina e iluminada y se derramaba hacia los lados rompiendo la simetría perfecta del círculo suspendido en el vacío. ¿Qué debía de sentir alguien que en ese momento caminase por su superficie; alguien que viese desde arriba el punto tenuemente iluminado de la llama de la vela en el interior de mi dormitorio? Tal vez respondiera a esta cuestión en uno de los sueños después de quedarme dormido. Tal vez las posibilidades de ver desde allí la luz vibrando en mi habitación eran las mismas de que alguien pasease a esas horas por su superficie.

De camino a FEART pasé por un Starbucks, la chica que lo atendía estaba rellenando las máquinas y aproveché para coger algunos de los vasos que había en el mostrador y mezclarlos en uno solo. Estaba frío y amargo y no pude

tomarlo entero, así que deposité el vaso en la papelera de entrada a la feria antes de dar una sacudida con mi cuerpo y dejar que lo atravesara un escalofrío.

Caminé por las salas sin mirar a los lados. Sabía que, si lo hacía, terminaría influenciado por las imágenes y retocando mi propia obra en el momento en el que nadie la vigilase.

Otro de los cuadros del artista calabrés tenía la etiqueta de vendido.

Cogí el catálogo de precios, costó veinticuatro mil euros, el doble que la anterior. Su título: *DOS*, podía interpretarse como una continuación. También la temática. Interventían los mismos elementos: unos copos de nieve, cubos de basura y una parte extensa de dos metros por dos de un blanco puro, construida por la alternancia porosa de la tela y el vacío de color en la superficie del lienzo. La diferencia con el cuadro que se había vendido la tarde anterior, era que, en este, los cubos de metal caían invertidos desde la franja superior derecha hasta una montaña de copos de nieve disueltos en la cúspide en una ligera superficie cristalina de agua.

Un turista holandés se detuvo frente a mi obra y tomó un par de fotografías. Luego hizo otra más del título mientras el resto del grupo hacía lo mismo con las de Palazzini. Una de las chicas salió escupida por la aglomeración del grupo. Se sentó y dejó la cámara a mi lado, entre su muslo y el mío.

Solo hay ojos para ese artista, le dije sonriendo. Ella cogió la cámara e hizo una foto de mi figura en el banco.

No te entiendo, dijo en un inglés extraño después de sonreír.

Abrí los dedos de la mano izquierda e hice una señal para marcar el grupo de turistas que se agolpaban alrededor de los copos de nieve y los cubos de basura y, luego, cuando terminé, señalé con un dedo al holandés que tomaba fotografías de mi cuadro. Me sonrió mientras enhebraba el asa de la cámara a través de su cabeza para dejar caer la base contra su pecho discreto, vagamente puntiagudo, casi imperceptible.

De rodillas comenzó a tomar fotos de mi cuadro en vertical, en horizontal. Se alejaba y se acercaba para capturarlo desde diferentes perspectivas.

Otra holandesa se acercó para interesarse. Después de tomar unas imágenes, se frotó la yema de los dedos para señalar el dinero que debía de costar. La chica que había estado sentada a mi lado tenía un catálogo desplegado entre las manos. Pude escuchar la palabra *veiling* mientras veía la rugosidad morada de uno de sus pezones en la camisa. Se transparentaba por la claridad que llegaba desde una de las cristaleras. Soltó el libro de precios en su lugar y siguió caminando hasta la sala contigua.

Pasaron los turistas como los minutos de la mañana y llegó una tarde ceniza a través de los ventanales del edificio. Pasó el comisario entre las paredes de exposición y mi figura erguida en el sofá de la sala. Llevaba pegatinas de venta, pero no se detuvo en la sala.

Ocho de la tarde. Salí de FEART sin haber conseguido un precio de inicio de subasta.

Me quedaban unas veinticuatro horas para que el cuadro fuese retirado por los comisarios y todo hacía prever que

había malgastado el dinero percibido por el mobiliario y los enseres de mi apartamento en la inscripción de la obra. ¿Cuánto tiempo habría podido mantenerme con ese dinero? ¿Cuánto tiempo, en definitiva, tardaría en coger el teléfono y llamar a casa? Caminé por las calles, me cubrí la cabeza con la chaqueta para protegerme de la lluvia. En otras circunstancias, al llegar al apartamento me habría dado una ducha con agua caliente, pero hacía unos días que no podía disponer de ella, así que me desnudé, cogí una de las dos camisas limpias y sequé mi cuerpo con ella hasta que la humedad absorbida por la prenda me mojé de nuevo.

Abrí la ventana, y sin sacar nada más que los antebrazos para sujetar la camisa, la estrujé a la luz bronce de la farola que quedaba frente a mi dormitorio. Un chorro de agua más abundante que la propia lluvia, como un caño procedente desde una tubería, cayó en el firme de la acera, cerca de dos ancianas bajo sus paraguas de flores mustias. Cerré la ventana y me metí desnudo entre las mantas.

Me desperté con la luz gris de la mañana. Había dejado de llover, solo gotas en el cristal y los coches con las luces parpadeando en la avenida. Me vestí con la única camisa limpia y seca que me quedaba, las otras dos estaban secándose colgadas en los pomos de la puerta de mi habitación.

El comisario había pasado por la sala para dejar señaladas el resto de las obras de Palazzini. Mi cuadro seguía allí, ni una sola puja por él.

Regresó, llevaba un bastidor en cada brazo, me asomé a la sala de la que venía y vi los dos huecos marcados por el blanco de la pared. Probablemente se trataba de dos de

las piezas en subasta que no habían sido señaladas con una puja inicial. Tenía el vago recuerdo de haberlas visto allí colgadas el día que presentaron mi cuadro.

Volví a la sala y calculé las ganancias del artista calabrés. En total: noventa y tres mil euros por aquella serie de cinco lienzos. Ni siquiera fui capaz de distinguir con precisión qué era lo que quería decir, ni cómo hilar dos focos temáticos tan distintos como los cubos metálicos de basura y el aguanieve que se acumulaba en todas las pinturas con una disposición triangular. De haberlo sabido, habría apostado por algo parecido a lo de Palazzini. No tenía la técnica de un profesional, pero ese nivel era alcanzable con unas buenas nociones como las que tenía. El problema era que, a pocas horas de que retirasen mi cuadro, poco podía hacer ya.

Pensé en introducir mi composición entre las suyas, pero la diferencia temática y estética suponía una ruptura suficiente como para que pasara inadvertida a los ojos de cualquiera de los comisarios de la feria. Opté, por lo tanto, por cambiar el cartel que la anunciaba.

La amenaza de lluvia disminuyó considerablemente la asistencia de público y, por momentos, la sala permaneció vacía. Aproveché uno de los ratos de soledad para operar con diligencia y hacer un cambio, retiré el cartel de Rino Palazzini que quedaba en el lado opuesto de mi cuadro e hice una permuta justo antes de que un grupo de estudiantes universitarios entrara en la sala. Me senté de nuevo en el banco con la misma disposición y la misma postura erguida. Mi presencia continuada siguió sin darme ninguna ventaja con respecto a Rino, más bien todo lo contrario: tuve que

soportar la burla de aquellos universitarios mientras él estaría bebiendo una copa de champán frente a su chimenea.

Salí por el acceso de la cafetería y agarré disimuladamente el dinero de una bandeja metálica que habían dejado en la mesa como pago de una comida.

Me dirigí hacia el exterior. Por alguna especie de creencia infundada supuse que la obra sería señalada en mi ausencia y puse todos mis esfuerzos en disfrutar de un par de sándwiches vegetales pagados con el dinero que había cogido de la mesa del restaurante. De regreso al museo, pasé por el Starbucks para comprar un café con un poco de crema de leche y azúcar. Estaba delicioso.

Las aceras seguían mojadas y me entretuve tratando de secar mis zapatos en la gran alfombra de entrada de FEART. En un ritual delicado y ceremonioso con el que trataba de dignificar mi figura de artista.

Me crucé con uno de los comisarios. Estaba retirando algunos lienzos que no habían sido señalados en subasta. Al menos el mío seguía expuesto...

Mujer con flores.

Escolares haciendo muecas.

Bodega de viejas no tan imberbes.

Comisario con cuadro.

Señora al temple.

Gabardina sobre figura.

Experto en arte contemporáneo que se acerca a comprobar, incrédulo, si eso de ahí es un Rino Palazzini.

Jubilados al atardecer.

Me entretuve en mi banco poniendo nombre de cuadros

a las personas que pasaban por delante de mi obra o se detenían fugazmente en ella.

Últimas horas de mi existencia como artista plástico.

Ese era el título que me había faltado por poner. Sin duda, la lluvia había alterado el perfil de los asistentes a FEART. También afectaba el hecho de que fuera martes. Era el momento de hacer variaciones en el planteamiento si todo seguía igual.

En el bolsillo, tenía el dinero suficiente para pillar un bocadillo y un billete de regreso que me llevase hasta casa. Al menos tenía el convencimiento de que mamá se alegraría al recibirme después de tres años.

Relajé mi postura erguida en el banco encajando la cabeza entre los hombros, con una mano en la barbilla y la otra en el bolsillo en el que guardaba las monedas y la llave solitaria de mi apartamento. Las moví hacia arriba y hacia abajo en la palma de mi mano haciendo que la aleación de los metales tintinease bajo la tela de mi pantalón. Eran las seis y media, todavía me quedaba más de una hora de exposición. El comisario cruzó con uno de los cuadros de otra sala.

Alguien ha cambiado las señales entre esos dos artistas, le dije. Si se da cuenta, la temática es diferente, pero el nombre es el mismo.

Han venido muchos escolares, contestó apoyando el lienzo que llevaba en la mano entre el suelo y la pared, antes de proceder al cambio.

¿Por cuánto va la puja?, pregunté señalando uno de los fragmentos de calcetines que hacía las veces de pájaro informe.

No ha sido señalada, en breve la retiraremos, contestó con un tono de voz que denotaba cierto esfuerzo en su inclinación por coger el bastidor del suelo.

Salí a la calle. El tiempo no había mejorado y, aunque seguía sin llover, el viento que azotaba en rachas levantaba la humedad de los charcos en la acera. Caminé hasta el Starbucks más cercano y pedí que le pusiera mucha espuma a un café largo.

Paseé por uno de los parques de la ciudad. Castaños sin hojas, naranjos recortados en cilindro, ficus y almendros sin flor. ¿No habría sido más coherente haber pintado esos árboles y tratar de venderlos en el mismo parque? Con la misma inversión podría haber sacado más dinero, no necesitaba ser un profesional de la pintura para hacer algo decente que cualquier persona pudiera colgar en el salón de su casa.

Regresé por la acera, junto a la avenida llena de vehículos, con las primeras luces titilando con dioptrías en los charcos de la tarde noche. Quedaba media hora para que sacaran mi obra de FEART. Quedaba una hora para volver a llamar a casa y, aún así, después de tanto tiempo en la ciudad, prefería volver a ver la cara de papá que tener que llamar a mi jefe en el trabajo y admitir una serie de errores que no había cometido y que no estaba dispuesto a asumir. Fred, un compañero, no paraba de repetir que el orgullo estaba bien, pero que una salchicha era una salchicha. No le hice caso. Metí las manos en los bolsillos y caminé dispuesto a comer esa ración de orgullo que podía mantenerme durante horas.

Localicé a uno de los comisarios e hice la puja mínima.

Presenté un número de cuenta falso. Tenía veinticuatro horas para hacer el depósito efectivo y estaba plenamente convencido de que, en el mundo del arte contemporáneo, un pequeño empujón daría confianza a otros inversores para decidirse por mi obra. En poco tiempo, las pujas se irían arriba; de no ser así, tan solo perdería la posibilidad de seguir exponiendo en la feria y los tres mil euros que me había costado el registro de participación.

Me senté en el banco, frente al cuadro. Uno de los comisarios acudió para señalarlo. *Obra en subasta. Precio actual: cinco mil euros. Duración de la puja veinticuatro horas. 19:52*

Fui hasta casa atravesando el parque, el aire agitaba las hojas de los castaños en el suelo y las levantaba como alas de insectos grandes hasta la altura de mis rodillas. El casero estaba en la puerta, negocié con él la salida de mi apartamento, conseguí que me diera un día más con la promesa hecha de que había posibilidades reales de recuperar el trabajo. No puso impedimentos, solo me pidió entrar en él para comprobar el estado de salubridad del mismo.

Me ofendió que lo hiciera. No tenía dinero, pero eso no significaba nada más.

Movió las telas sobre las que había estado trabajando en el cuadro y olisqueó algunos grumos de óleo sobre un trozo de cartón. Cogió el bote de paprika que había en el suelo, agitó los gránulos en el cristal y los miró a través de una de las luces que colgaban de unos cables del techo. Lo dejó en su sitio y se marchó.

La camisa todavía estaba mojada cuando desperté, pero siempre era mejor que repetir. La del día anterior tenía una mancha grasienta a la altura del riñón por un mal bocado a mi sándwich vegetal.

Entré en FEART y me dirigí directamente hacia el baño. Allí me quité la camisa y pulsé el botón del secador de manos para calentarla, luego hice lo mismo con mi cuerpo. Un hombre con una gabardina y sombrero entró a lavarse las manos y no dejó de mirarme disimuladamente; podía ver sus ojos en el espejo, grises y semiocultos por el ala de su sombrero.

Me dirigí hacia el banco con un calor en el cuerpo que me hacía sentir bien por primera vez en una semana. Me senté para observar a la gente en la zona de mi obra durante todo el día como si fueran cuadros a los que debía ponerles nombre.

Incondicionales japoneses de Rino Palazzini.

Comisario en movimiento.

Padre con niña.

Mujer incrédula señalando puja de cinco mil euros por un cuadro.

Fumadores deseando salir a la calle.

Mujer con falda y piernas arqueadas.

Pareja de separados visitando ferias que no visitarían nunca con su pareja anterior.

Maestra enseñando a escolares.

Escolares escuchando a maestra desde el suelo.

Bastón, reloj de bolsillo y chaqueta.

Comisario retirando obra de la puja a las 19:52.

Fran Camacho Camargo

Me levanté y fui hacia el hueco de la pared que había dejado mi cuadro. El espacio era más bello que cuando estaba expuesto. Arranqué los carteles de venta y el nombre de Rino Palazzini y los dejé caer en pedazos por los pasillos.

En la calle, caminé hasta el teléfono más cercano para llamar a casa.

¿Sí?, dijo cálidamente la voz de mamá.

Poesía

DÍPTICO DEL MAR
Patrizia Carmen Marruffi Bonfante

“Senza sogni, incolore campo è il mare.”

Giuseppe Ungaretti

A BORDO DE LA VIDA

Pasos sobre adoquines diminutos
de huellas del pasado,
tintineo de escarchas
de metales pulidos con el uso.

Las mil gotas de lluvia van rociando
los mares que se enervan por el gris de tus ojos,
arrancados al trueno y al tormento
de añorarte y buscarte en la distancia,
en la escritura austera de versículos.

Cortina de granizo como una catarata
velando la mirada. El horizonte
terco no me da tregua, borroso e indolente.

Entre las manos, hojas del otoño sostienen
la casa, son pilares de mármol, nácar
surgido de carbón incandescente.

Y más allá de tu demora, no
preguntes. Continúo con mi forma
de correr sin cesar hasta la deshidratación,
con mis ramas truncadas por la rabia
y por los desafíos. Todavía custodio
el tesoro entre mis raíces, baúl
de disfraces gastados, predecibles.

La mentira contada se olvidó.
No se rescata. Cambia los colores
la vida a las palabras y el dolor
se transforma en sonido chirriante.

Óxido de un empeño que relato
en un atardecer con aguanieve.

Para siempre seamos una grieta
de luz blanca en el sótano sombrío de la vida.

Me reconozco como una paloma,
aguardando avizora en la buhardilla,
y tú eres polizón de tierra que me tiende
una maroma desde la cubierta
de una nave que habrá de zarpar
cuando el viento role hacia poniente.

TERAPÉUTICA DEL OCÉANO

La playa y el mar atormentando las pupilas,
el paisaje trasudando salitre entre los pliegues
que envuelven los sueños compartidos ayer.
El iris enfoca apresurado el rítmico salpicar
de la orilla sobre los párpados que atesoran
tu pasado de oleaje y anatomías de otros puertos.

La verdad se enrarece en el tiempo que nos brinda
la creación y destrucción de una onda, irrepetible
su forma de arrugar el rostro y la arena rubia
y espumosa como el recuerdo de una tempestad.
Apoyada sobre el horizonte, la mirada perdida
de un naufrago de un tiempo sin pestañear.

¿Por qué el océano? Para curar el disfraz del alma,
camuflada entre tantas sonrisas fingidas.
Entonces, el partir: desde un muelle de esperanzas,
de sanar nuevamente en la ruta que conduce
el marinero a sus sirenas, entre islas perdidas
y delatadas por la taquicardia de volver a nacer.

Dentro del mar, la duda que enreda las algas
por no encontrar el pasaporte cuando la roca
desventra pateras como simples relictos sin vida.
Frío, salado y agitado, aceptando el desnudo
informe sobre su enfermedad, aterrorizado como
un enjambre de neuronas sobre rotas sinapsis.

Patrizia Carmen Marruffi Bonfante

El vientre abisal, legitimado para romper
la coraza de su patológica certeza de sanación.
Se reactivan como canales de savia las venas
colapsadas por la hipotensión de morir para
contarlo, nosotros envueltos en la partida
de una ruta dibujada sobre la piel del cielo.

Microrrelato

PROFANACIÓN
Ana María Marín Bonat

ALFONSO llenó la olla de agua y la puso al fuego, introdujo los huesos y esperó junto a la candela para aprovechar el calor, y es que el frío llegó antes de lo esperado.

Escuchando la radio se tomó un buen plato de sopa, que su mujer agradeció mientras comentaba los actos vandálicos que, cada año al inicio del invierno, sucedían en el campo santo.

PREMIOS 2020



Narrativa

EL MAL ALIENTO
Manuel Ruiz Campaña

El estruendo robótico del camión de la basura, devorando desperdicios ocho pisos más abajo, sustituyó al soniquete de la máquina de escribir cuando el hombre encorvado cesó de teclear. Llevó su mano huesuda al montón de folios, dispuesto a cargar otro en el carro y continuar un poco más, pero al comprobar que ya era bien entrada la madrugada, decidió parar e irse a la cama.

Como último trámite tras una jornada de trabajo intenso, cogió la hoja recién escrita y, reajustando sus lentes arañadas, repasó el texto. Más que a revisar el contenido intrínseco o la coherencia de lo que acababa de escribir, aquel hombre prematuramente avejentado dedicaba sus correcciones a encontrar fallos tipográficos con la avidez patológica de quien despioja a un niño. Sus ojos, progresivamente abiertos conforme avanzaban por aquel texto inmaculado, escupieron un destello de ira cuando encontraron aquel único gazapo destacando justo en el centro del último párrafo:

“... heredero privilegiado de la élite de malas bestias, que antaño convirtieron nuestras vidas en infiernos ocultos a los ojos del planeta, el actual gobierno no muestra pudor

alguno al postrarse —entregado y sumiso— ante el capitalismo y el libre mercado que dice combatir.”

Le consoló el hecho de que el resto presentaba un aspecto impecable. Se reafirmó en la decisión, mantenida a lo largo de las últimas décadas, de no claudicar ante el ordenador.

La tensión que aplicaba a sus escritos, a no cometer errores al teclear la vieja *Olympia*, resultaba en la cuasi perfección de sus trabajos. Un suspiro de autocomplacencia acompañó al crujido de sus huesos al levantarse de la silla donde había pasado el día.

Otro día.

Se dirigió al baño, lastrado por los achaques y por la vejiga llena. El aporreo de la máquina le absorbía tanto que sus fluidos corporales se acumulaban sin apenas notarlo.

Muchas veces, la simple acción de levantarse provocaba que sus calzoncillos se mojaran antes de desabrocharse el pantalón. Esta vez tuvo tiempo de llegar al váter, levantar la tapa e intentar dirigir adecuadamente un chorro débil y disperso que se abría en todas direcciones.

Cuando acabó, estudió la imagen que el espejo le devolvía. Su pelo, cano y abundante, brillaba por la propia grasa que, rezumada por el cuero cabelludo, lo impregnaba por completo. Una barba grisácea de varias semanas ocultaba un rostro blanquecino y deshidratado. Resignado ante aquel lamentable primer plano de sí mismo, fue pasando lista a los puntos de su fisonomía que reclamaban atención: la punzada de la rótula derecha y el crujido permanente de la izquierda; la rigidez del cuello que, bajando por la espina dorsal, parecía echar el ancla en el coxis; la

migraña imperecedera... Con un manotazo al aire, alejó de inmediato la simple evocación de una ducha caliente, un buen afeitado, ropa limpia y aire fresco. Por ahora, el confinamiento continuaba siendo la opción más segura.

Abrió la boca y sacó la lengua, moviéndola de un lado a otro y comprobando la uniformidad de su tonalidad mortecina. Devolviéndola adentro, unió los dientes superiores e inferiores en una sonrisa artificial. A aquellas formaciones, antes relucientes y ahora cubiertas de sarro, les faltaba poco para romper filas. Tocó algunas piezas con el índice, comprobando su estado de precariedad. Esto no puede ser, se dijo, imaginando un futuro cercano de sopitas y migas de pan. Además, era hora de estrenar el cepillo dental eléctrico que había encargado a recepción unos días antes. Decidió dedicar, en adelante, más atención a su higiene bucal.

Aquella simple iniciativa le animó un poco.

*

A la hora del almuerzo, la nube que transportaba al suboficial de Estupefacientes paró un momento frente al perchero, junto a la puerta de salida del laboratorio. El agente alargó el brazo y agarró una chaqueta que no era la suya. Inmerso en lo que él mismo llamaba estado de letargo consciente, levitó escaleras abajo lo más deprisa que pudo. Su apetito, de repente, era atroz.

En la calle, sumido ahora en un estado intermedio entre la ensoñación inducida y la concentración propia del análisis empírico-práctico que le habían encomendado, se le distrajo el hambre. A la espera de su vuelta decidió, libreta en mano, abordar de lleno la tarea de observar cada fenómeno con detenimiento, disfrutar de las sensaciones y tomar nota de todo.

Lo primero que llamó su atención, sobre la acera, fue la alcantarilla que cada mañana, al realizar el mismo itinerario, procuraba pisar siempre con su pie derecho. La pieza metálica —ochenta centímetros de diámetro, bordes oxidados y fuertemente encajada al hueco— había desaparecido. En su lugar encontró un agujero de dimensiones mucho mayores, con la apariencia del cráter causado por el impacto de algún objeto celeste. Asomándose con precaución al borde del precipicio humeante, dedicó un tiempo indeterminado a observar, abajo del todo, el giro del núcleo terrestre, impulsado por las pezuñas sonrosadas de una rata gigante y calva que, ocasionalmente, elevando su cabeza, le miraba y sonreía. La boca abierta del hombre, estupefacto, dejaba caer al vacío cada cierto tiempo unos hilillos de baba, que las altas temperaturas vaporizaban al instante. Entre las corrientes de convección del magma ardiente le pareció ver —entornando los ojos— numerosos brazos, piernas y cabezas, que enseguida relacionó con las ánimas del Hades o de algún otro lugar destinado al suplicio ¿De quién demonios podían ser si no?

Temiendo que el calor procedente de aquella puerta al Averno le achicharrara el bigote, el suboficial de

Estupefacientes se alejó de allí, no sin antes advertir a un operario municipal de la necesidad de tapar aquel agujero. Temía por la integridad física de la rata calva si alguien, en un descuido, se precipitaba al fondo. El empleado del Ayuntamiento aceptó la recomendación con un guiño del único ojo que, moviéndose de forma caleidoscópica, dominaba el centro de su frente despejada.

De camino al restaurante, la voz de su cabeza, con timbre alterado, le recitó un poema que se abstuvo de entonar. La composición ensalzaba la estrecha relación existente entre las visiones apocalípticas y el apetito creciente. Súbitamente debilitado por el hambre, accedió al comedor sin más contratiempos. Mientras caminaba entre las mesas, los girasoles que esperaban a ser atendidos rotaban lentamente sus coronas de pétalos, curiosos, siguiendo los movimientos del agente en busca de un sitio libre. Miró hacia arriba. Los diversos olores procedentes de la cocina surcaban el aire, muy cerca de un techo que parecía elevarse. Arrastraban tras de sí atuendos vaporosos que resplandecían al aproximarse a las ventanas, como hacen los cometas cuando se acercan al sol.

Cuando el suboficial de Estupefacientes tomó asiento, los girasoles, como impulsados por aquella acción, salieron disparados hacia las alturas. Lo hicieron velozmente en el primer segundo, ralentizando sus movimientos durante la siguiente eternidad. Mientras, en dura pugna con la ingravidez, comenzaban a descender, un camarero sin rostro se acercó y, sin entonar palabra alguna, le informó del menú:

—El plato del día es el *pavo rosso* ¿Desea probarlo? ¡Está de miedo!

El suboficial de Estupefacientes rechazó la oferta negando con la cabeza. Tuvo que detener el gesto, ante la sensación de que su cuello, sometido a una suerte de movimiento perpetuo, acabaría dando un giro completo. Elevó el índice, señalando el olor de la hamburguesa poco hecha que, en ese momento, se enroscaba sobre sí mismo, varios metros por encima de una máquina tragaperras. Su estómago rugía como un pozo de leones, pero antes de que consiguiera atrapar una de las olivas que, burlonas, escapaban de un platillo ovalado, recibió una orden en su busca.

Apareció allí sin saber muy bien cómo. Se encontraba en una de las habitaciones del octavo piso de un hotel barato, situado en el extremo norte de una avenida secundaria. Antes de comenzar la inspección del habitáculo en busca de sustancias perniciosas, el suboficial de Estupefacientes echó mano al bolsillo de la chaqueta esperando encontrar su pedómetro. Cayó en la cuenta de que aquella americana no era la suya cuando, en lugar del cachivache, lo que encontró fue un preservativo que, anudado en su abertura, contenía una cantidad escandalosa de semen, aún tibio. Por fortuna, pronto dio con el suyo —su pedómetro— en el bolsillo de atrás del pantalón. Tras acercárselo a un ojo y pulsar un botón, miró el visor. Tal como imaginaba —pues el resto de agentes allí congregados presentaban apariencias de normalidad— unos guarismos le indicaron que el efecto de las muestras que había ingerido para el análisis empírico-práctico había remitido. Todo lo que tenía ante sí era real:

La mugre reinante.
 El cadáver apestoso.
 La tapa de los sesos pegada al techo.
 La constelación de gotas de sangre que lo salpicaba todo.
 El cepillo de dientes eléctrico chamuscado.
 La máquina de escribir antediluviana.
 El preservativo con la corrida de un búfalo.
 Aquella chaqueta que le venía grande.
 ...

Tras confirmar la ausencia de drogas en aquel estercolero, recabó de sus compañeros información sobre el caso, a fin de justificar su sueldo con algo parecido a un informe. El tipo cuyo cerebro decoraba el techo del cuarto de baño resultó ser Nikolai Nikolareï, disidente ruso con ínfulas de intelectual y mucho miedo a salir de su pocilga. El suboficial de Estupefacientes lió un poco de marihuana “para el camino” y esperó la llegada del juez. En cuanto vio la oportunidad, salió volando en busca del burger más cercano.

*

A miles de kilómetros de allí, Oleg Keolev, Adjunto a la Jefatura del Departamento de Seguridad, palpaba cada recoveco de su mesa escritorio. Aquel ritual incluía el resto del despacho. Lo reproducía, jornada tras jornada, en

busca de micrófonos o de cualquier otro objeto extraño. En realidad, todo aquello no era más que la prolongación, en modo personal, de la paranoia que atenazaba a todo el departamento. En su caso, la locura conspiranoica tenía una sólida base sobre la que asentarse: en unos días, habría transcurrido ya un año desde la desaparición de Dimitri, el último del escueto grupo de personas a las que podía llamar amigas que por aquel entonces aún vivía.

Tras cerciorarse de que no había nada anómalo en la estancia, intentó tranquilizarse, sin conseguirlo. Notó que su tensión interior se retroalimentaba. De un cajón de la mesa sacó un pequeño espejo y, observando el reflejo de su rostro, ejecutó unos ejercicios de relajación facial. En media hora tendría que hacer acto de presencia en la reunión semanal de Defensa, y una ceja arqueada, la frente fruncida o cualquier otro gesto de incomodidad podrían ser el principio del fin.

Keolev exhaló un suspiro entrecortado que no le sirvió para resignarse. Al fin y al cabo, reflexionó, vivía y trabajaba en Moscú, en el corazón de ese Estado en el que era imposible respirar tranquilo. Un ramalazo nostálgico cruzó su mente al recordar el momento en que llegó allí siendo un niño, después de que sus padres, represaliados o fugitivos, se desvanecieran en el aire, como la llama de un fósforo en un día de ventisca. Al menos, él continuaba con vida y aparentemente libre, por el momento, de sospecha.

Para ocupar un poco el tiempo, antes de dirigirse a la sala de reuniones, ojeó los informes que la secretaria había dejado sobre su mesa. El modus operandi contenido en uno

de ellos le hizo perder los nervios definitivamente.

Decidió que, de vuelta a casa, pararía en alguna de esas tiendas de *todo a un rublo* y compraría un cepillo de dientes de los de toda la vida.



Accésit

TIEMPO DE AGUA
Arturo Martínez González

Viven sus vidas como si fueran reales, como si no fueran a acabarse, solía decir el amo Emiliano antes de que nuestra vida cambiara. Ahora que todo ha terminado, no sé por qué, me da por pensar en él y siempre me viene a la memoria esta frase, aparentemente sin sentido, que le gustaba repetir cuando las cosas se ponían demasiado ásperas.

Aquella tarde de domingo, la última vez que la pronunció, nada parecía presagiar lo que después sucedería. Estaba casi todo el pueblo en la alameda, dejando pasar el final de la tarde hasta que llegara la hora de la cena, disfrutando del fresco que se arrastraba río abajo. Había familias enteras sentadas en los bancos o merendando en la hierba de la orilla; grupos de chiquillos vigilados de reojo por sus madres; parejas incipientes que se miraban a los ojos, ajenas al mundo, y otras parejas más veteranas que se perdían entre las retamas al final del paseo, donde no alcanzaban las miradas de los padres. Un mendigo tocaba boleros con un acordeón destartalado que algún anciano tarareaba desde lejos.

Todo era paz, o lo parecía. Las ranas ensayaban su

concierto nocturno para mil voces; el contrapunto lo daba el crotoreo de la pareja de cigüeñas que, como todos los años, anidaba en el campanario de la iglesia.

El amo se ponía siempre en el mismo sitio, bajo el álamo negro, sobre el talud, de espaldas al río. Se sentaba en una silla de enea, pintada de azul, que yo le traía desde la casa. Poco a poco iba llegando el resto de la tertulia, cada uno con su silla a cuestas. La línea, al principio simplemente imaginaria, se iba completando hasta parecer trazada con una regla. Cada uno en su sitio; si faltaba alguien a la cita semanal, su hueco quedaba vacío. No hablaban mucho, ni muy alto; eran más de frases cortas, de sentencias inapelables: la cosecha, el viento, el calor o el frío, las vidas de los otros, el pasado y —solo muy de tarde en tarde— el futuro. El amo en medio, por algo era el más viejo; a un lado, don Pedro el de la ferretería; al otro, Juanito el kiosquero, y así hasta seis. Todos fumaban, menos don José, que tosía con frecuencia y de vez en cuando escupía en su pañuelo.

Eran las siete menos cinco de la tarde cuando, sin ninguna señal previa que lo advirtiera, el nivel del río comenzó a subir, lenta pero perceptiblemente. Justo en aquel momento se paró el reloj del ayuntamiento, como después nos pudo confirmar el monaguillo. Los primeros en levantarse fueron los grupos que merendaban en el prado de la ribera, que quedó cubierto por el agua en menos de media hora. Ordenadamente recogieron botellas, fiambreras y manteles y guardaron todo en cestas de mimbre antes de marcharse sin prisas. Alguien debió de

avisar a la casa cuartel, porque a los pocos minutos llegó el sargento, con tres guardias, y dio una orden inútil: había que despejar la orilla. Todos observaban el río, subidos al talud, pero nadie se acercaba demasiado al grupo del amo, que seguía impassible, de espaldas al agua, rodeado por sus cinco compañeros de tertulia.

El amo oía crecer el rumor de la corriente a la vez que los comentarios excitados de sus vecinos; fue entonces cuando repitió lo de que hay gentes que viven sus vidas como si fueran reales, como si no fueran a acabarse de inmediato. Creo que ni él mismo comprendió el sentido que luego adquiriría aquella frase. Con el tiempo, las versiones fueron variando y hubo incluso quien defendió que las palabras premonitorias habían salido de la boca de Juanito. Inútil discusión, lo importante no era quién dijo aquello, sino por qué. Y es que el amo Emiliano vivía siempre un poco por delante, como si pudiera ver algunos aspectos del futuro, o más bien mezclara fragmentos del antes y el después, mientras dejaba un tanto difuminado el ahora.

Allí, sentado junto al río, su pensamiento no estaba en la subida del nivel del agua, ya a menos de un metro del talud, sino en lo que vendría después, en lo que nadie quería imaginar aún. Pensaba en los niños que no nacerían nunca, las cosechas que nadie llegaría a sembrar, las risas que se iban para siempre, las tumbas cubiertas por el agua. Para cualquiera que lo mirara no era más que un viejo testarudo, dispuesto a perderse el espectáculo del año por no levantarse de la silla. Con un cigarrillo apagado entre

los labios y la mirada perdida en la torre de la iglesia. Con sombrero, por supuesto, y bastón. De espaldas al mundo.

Aún era de día cuando el agua irrumpió en la alameda, lenta, mansa, imparable. Las huertas del molino, sin duda sumergidas, aportaban cañizos y matojos al caudal marrón, que en pocos minutos dejó al talud aislado, isla estrecha y rectilínea en mitad de un río que se movía tan despacio que más parecía un lago. Casi trescientas personas, ahora de pronto preocupadas, trataban de decidir si quedarse allí y esperar a que bajara el agua, o atreverse a vadear lo que siempre había estado en seco, hacia las casas que parecían cada vez más lejanas. Los guardias civiles, agrupados en torno al sargento, parecían ovejas temerosas del lobo. Miraban, vacilantes, ora al río, ora al pueblo. Hasta que el amo Emiliano se levantó, me entregó su silla y me dijo:

—Vámonos para casa, se está haciendo tarde.

Puede que ya nadie se acordase ya de mi maldición, cuando días antes los nietos del amo me habían ahuyentado a pedradas al ir a beber en la fuente de la iglesia. Que nunca os falte el agua, les había gritado desde lejos, entre las risas de los niños. Nadie había movido una mano para ayudarme.

El amo y sus cinco compañeros fueron los primeros que hablaron de dejar el pueblo, cuando el agua inundó el barrio de abajo. No sabían a dónde, pero en algo estaban todos de acuerdo: a otro sitio más alto, hasta que todo pasara. Alguno recordó las historias de la Biblia, Noé y su arca, pero nadie sabía construir una: eran gente de secano. Antonio el indiano hablaba del barco en que cruzó el

Atlántico. Nos confirmó que era imposible. Un barco de hierro, contaba a quien le quería escuchar, pero pocos le creyeron.

El cura mandó tocar las campanas, convocó rogativas; los mozos llevaron a la patrona hasta el borde mismo de las aguas. Durante horas se sucedieron los cantos, las oraciones, a la vez que la comitiva iba retrocediendo lentamente. La visión de la imagen volviendo al pueblo, obligada a retirarse por aquella fuerza sin límites, terminó de convencer a muchos. Había que marcharse. A mí nadie me preguntó.

Al principio de la huída todo era tumulto, empujones, malos modos. Poco a poco nos fuimos amoldando, habituados a aquella vida nómada, al peregrinaje inútil. En seguida nos dimos cuenta, sin hablarlo, de que la crecida no era como las otras. No se trataba de subir al cerro del castillo y esperar a que bajaran las aguas; intuíamos que ni siquiera la sierra sería un refugio duradero.

La marcha se inició en una larga caravana, precedida por la imagen de la patrona llevada a hombros por varios cofrades, que se turnaban, animosos, en la carga y en los rezos. La misma imagen que pocos días después quedó depositada en una iglesia cualquiera, al cuidado de un párroco que no parecía muy entusiasmado con la encomienda, y que pronto abandonó su pueblo.

De lejos, nuestra comitiva parecía una romería triste, sin cánticos ni risas. Algunos hombres y mujeres abrían la marcha a caballo, pero la mayoría caminábamos, con los ancianos y los niños subidos en los carros. Las vacas y las

ovejas nos seguían a la zaga; al principio nos acompañaba una docena de perros y doña Gertrudis llevaba un canario, que sobrevivió casi un mes. Ella murió de nostalgia aguda pocas semanas más tarde.

A lo largo del camino, los que tenían algo fueron abandonando trastos, recuerdos, alegrías. Los muertos se quedaban en el cementerio de algún pueblo cuando había suerte, en una tumba sin lápida ni nombre; si no, enterrados al borde del camino bajo un montón de piedras. En lo alto, un palo hincado señalando al cielo.

En nuestro pueblo, como en otros, muchos se quedaron en sus casas, atrincherados en los pisos altos, suponiendo que la crecida no sería eterna ni infinita. Cuando se convencieron de su error y el agua comenzó a cubrir los tejados, ya no se podía salir; uno a uno se fueron ahogando. El último fue el monaguillo, refugiado en la torre de la iglesia. Suyo fue el privilegio de ver desaparecer el caserío, perdido en el centro de un lago inacabable, y de escuchar como el reloj del ayuntamiento, ya a medias cubierto por el agua, se ponía de nuevo en marcha y dejaba sonar por fin las siete campanadas, con varios días de retraso.

Casi un mes después de iniciar la marcha se nos unió un grupo algo menor que el nuestro, procedente de algún lugar al otro lado de la sierra. Cuando los vimos, a la entrada del robledal en el que pensábamos hacer noche, todos tomamos una actitud defensiva: los hombres delante, con los garrotes a mano, ceño fruncido, mirada adusta; las mujeres en segundo plano, cuidando a los niños y a los animales. Compartíamos el miedo y la desconfianza. Las

negociaciones fueron largas, casi toda la noche discutiendo hasta el mínimo detalle: el orden de marcha, el reparto de alimentos y de tareas, la composición del consejo, todo. Detalles ya hace tiempo olvidados, por suerte. En menos de una semana ya no había nosotros y ellos, nuestro y suyo. Los niños hicieron mucho en esta tarea de sutura, casi de bordado. Y el amor, que seguía surgiendo con una fuerza desesperada, como si no pasara nada, como si todos necesitaráramos crear nuevos vínculos, amarras que impidieran nuestra deriva.

Amor sin fruto. Porque desde que las aguas empezaron a subir no hay embarazos. Los que estaban en marcha se frustraron, poco a poco se han ido malogrando, uno hoy, otro mañana. Las futuras vidas se escurrían entre las piernas, sin dolor, sin llantos. Nunca seremos más, siempre menos. Ni los pájaros crían ya en sus nidos.

El agua nos forzó a evitar los valles y a buscar los senderos de montaña. Hubo que dejar los carros, que comerse algunas vacas que ya no podían seguir avanzando. Nuestros equipajes se reducían con el tiempo, como el mundo que pisábamos. La marcha borraba convenciones, clases y jerarquías, pero no todas: el amo Emiliano seguía dándome órdenes, exigiéndome que le acercara la bota de vino, que le lavara la ropa.

El dinero solo servía para encender el fuego. Tierras, casas, ganados y otras riquezas habían quedado atrás. Lo que teníamos era de todos, las reglas se acordaban por las noches, en largas discusiones en torno a la hoguera.

En el Alto de los Lobos, varias docenas de iluminados

rezaban en vigilia permanente, hacían ofrendas a la Virgen del Carmen, a Poseidón, a Iansá y a otros dioses para mí desconocidos. Imploraban la retirada de las aguas. Varios de los nuestros se les unieron, pensando que solo una fuerza sobrenatural podía hacer retroceder a la inundación. Nuestra comitiva pasó de largo, indiferente. Sabíamos que nada podría detener la subida.

Algunos abandonaron el grupo, hartos de aquel movimiento casi perpetuo, y se fueron desviando por nuevas veredas, hacia Villanueva o hacia el otro lado de la frontera. Como si las aduanas pudieran detener las aguas. A otros, como los Quiroga, incapaces de respetar las normas, hubo que expulsarlos y dejar que se buscaran la vida o la muerte por su cuenta. Pero la mayoría de las bajas se debió al desánimo. Un día dejaban de caminar, casi sin palabras; a lo sumo se despedían parcamente y se sentaban a esperar a la sombra de un árbol o junto a una ermita abandonada, mirando hacia el valle por el que llegaría el agua liberadora.

Nadie se extrañó, por eso, de la desaparición de mi amo, todos pensaron que se quedaría a esperar las aguas, con su silla azul de enea, su sombrero y su bastón. Nadie lloró su falta, no tenía amigos. Solo yo sabía dónde quedó su cuerpo, liquidadas de un solo golpe todas sus deudas. Al fin fui libre, aunque fuera para seguir escapando como todos.

En un valle estrecho, casi un desfiladero, varios cientos de personas se afanaban en construir un muro, un dique que frenara la crecida de las aguas. Como niños en la playa, pretendían detener el avance de la marea. Muchos

de nuestro grupo decidieron quedarse a luchar contra lo imposible.

Muy de tarde en tarde se nos sumaba una persona aislada, o una familia; nadie preguntaba por qué caminaban solos. Esperábamos noticias, pero eran viejas: en todas partes pasaba lo mismo, las aguas subían, no había más que hablar. Seguir andando, descansar, resistir un día más.

Poca gente encontrábamos en los pueblos, la mayoría ya abandonados. Solo algún anciano sin demasiadas ganas de seguir viviendo, que a veces nos recibía a tiros; tenía más miedo que nosotros. Gran parte de las casas estaban incendiadas, como si sus habitantes no quisieran dejar ni su recuerdo. Si no habían recogido las cosechas o talado los frutales, arramblábamos con lo poco que quedaba: algo de cereal, fruta. Hortalizas había pocas, los jabalíes nos ganaban casi siempre la partida.

De vez en cuando, en lo alto de un collado o a la vuelta de un recodo del camino, encontrábamos altares, ofrenda de ritos casi olvidados. La Estantigua, la Santa Muerte. Flores marchitas, telas rojas, velas consumidas, plumas quemadas. Intentos inútiles de impedir lo inevitable.

El invierno nos precedía en nuestro avance, en realidad un retroceso. Siempre hacia el norte, siempre hacia arriba, cada día las temperaturas eran más bajas, el frío más intenso. En seguida llegaron las heladas, luego la nieve pintó el mundo en blanco y negro. De día marchábamos envueltos en mantas; a la noche, apretujados junto a la hoguera, tiritábamos hasta el momento de acostarnos. De vez en cuando había alguien que contaba una historia, o

iniciaba un canto. Muchas veces se acostaba el público antes de terminar el cuento.

Las familias menguaban. Unas veces por goteo: aquí una anciana agotada, sin fuerzas para seguir subiendo; allá un niño caído en el fondo de un barranco. Otras desaparecían de un golpe; cuando amanecía ya no estaban en su tienda. Dejaban mantas, comida, todo. No querían seguir viviendo. Yo, en cambio, cada amanecer metía mis pocas cosas en la mochila y ayudaba a desmontar el campamento. Cuando estábamos todos listos, echaba a andar con mis botas remendadas, los pies protegidos por harapos, hacia arriba, siempre adelante.

Con la llegada de la primavera se fueron las nieves, sustituidas por millones de flores. Los pájaros lanzaban sus ritos de cortejo. ¿Qué habrá pasado con los que anidaban en la llanura? Desaparecidos sus nidos, ¿habrán volado hacia las cumbres? Tengo la misma duda con ratones, culebras, comadrejas. Espero que se hayan ahogado, como tantas otras alimañas que surgieron del subsuelo y que preferiría no haber visto nunca.

Todos sabíamos que nuestro camino no tenía salida, pero de eso nunca se hablaba. Podíamos seguir subiendo, cercados por el agua, que avanzaba cada vez más despacio aunque nunca se detenía. Algún día llegaríamos a lo más alto, a un punto real, no imaginario, desde el que todas las rutas se dirigiesen hacia abajo. Cuando estemos allí solo nos quedará esperar, no sabremos si mucho o poco tiempo. Hasta que el agua nos moje los pies, las rodillas, la cintura. Hasta que nos cubra por completo. Será el final

para nosotros, nunca sabremos si el agua seguirá subiendo.

En este valle de montaña no parece vivir nadie, aunque seguimos los pasos de otros grupos: huellas de hogueras, la carcasa de una oveja. Por si acaso, mantenemos las precauciones: Ana marcha en cabeza, casi un kilómetro por delante del resto. Pronto me tocará a mí relevarla, atento a cualquier presencia extraña. Porque eso lo aprendimos muy pronto: el peligro más cercano no eran los perros, asilvestrados, ni siquiera los osos de la cordillera. Lo peor son otros grupos, fugitivos como nosotros, dispuestos a matar para conservar sus provisiones, sus mantas, o para no tener que compartir los saqueos. Por no hablar de algunos campesinos, reacios a abandonar sus tierras, convencidos de que algún día el agua dejará de subir y que lo importante es defender sus campos y ganados de las columnas de forasteros que arrasan todo.

Somos conscientes de que nuestro éxodo no conduce a ningún sitio. Sabemos que dentro de algunas semanas, de unos meses como máximo, alcanzaremos la cumbre, nuestra última derrota. No veremos llegar el nuevo invierno.

De las más de doscientas personas que hace ya varios meses salieron del pueblo, solo quedamos doce. Hemos decidido descansar un tiempo, le llevamos bastante ventaja al agua y en estas pendientes también a ella parece que le cuesta seguir subiendo. Vamos a detenernos todo lo que podamos, quizás un mes, junto a un huerto abandonado, parcialmente cubierto de matojos; un cerezo y dos albaricoqueros mezclan sus frutos. El sendero que conduce

a los muros calcinados de una casa se tiñe de negro con las moras que caen desde los árboles. En una explanada, que en su día fue una era, montamos las tiendas. Recogimos la basura y la quemamos detrás de la casa, limpiamos la maleza del huerto: sobreviven unas tomateras, con unos frutos enanos, dulces.

Hacia el este y el oeste se divisan algunos picos, que aún sobresalen del nivel del mar infinito. Ni una nube ensucia el cielo. El agua brota de sí misma, ríos, lagos, mares y océanos se han confabulado para cubrir la tierra, para lavar de una vez tanta barbarie, como un inmenso borrón que cubra toda la página y obligue a comenzar en una nueva.

Casi todos los días pasa gente camino de las cumbres, pero nadie se desvía hacia el campamento. El sendero que lleva a él es cuesta abajo y ningún caminante está dispuesto a perder altura. Nosotros charlamos tranquilos, cuidamos el huerto, regamos. La casa está lejos del camino, junto a una fuente. No parece un mal sitio para vivir.

Sumergidos en este oasis, nos queda mucho tiempo para pensar. Recuerdo de nuevo la frase del amo Emiliano. *Viven sus vidas como si fueran reales, como si no fueran a acabarse.* ¿Por qué no? Si conseguimos no pensar en el continuo ascenso del agua, quizás podamos vivir, al menos el tiempo que nos quede, una vida real. Una nueva etapa, en la que seremos distintos, quizás mejores. Un tiempo extra, de regalo. No lo hablamos, pero noto que este pensamiento se extiende por el grupo.

Un día, Sergio y Ana nos anunciaron que esperaban un hijo. Le pondrían de nombre Eugenia, la bien parida, o

Eugenio si era un niño. Para celebrarlo, dejamos el ganado libre, aunque vacas y ovejas no parecen muy deseosas de marcharse; cada noche regresan a dormir junto a la casa. Una mañana de cielo azul intenso sembramos las primeras patatas.

Al día siguiente, las aguas comenzaron a bajar.

Poesía

HOGAR
Fran Seisdoble

CIMIENTOS

Hay personas que sólo saben construir
y construyendo llevan toda una vida.

Desconocen el poso de las palabras,
la matemática oculta de los diarios,
la estructura primera de la carne,

pero saben el amanecer exacto
de cada sol, cada pilar, cada tribu,
qué abono y guía para cuál simiente,

intuyen lo que late bajo el silencio,
qué dolor relatan arrugas y cantos,
cómo fundar olores al mediodía.

Habitan la lengua tangible del pan.
Erigen casas, olivares, gallineros.
Comparten cada porción de sus entrañas.
Hay personas que sólo saben construir
en la mirada callada y apacible,

en un sumo y diligente acto de amor.

EL PATIO

Acudir a su encuentro
como quien conversa
con las piedras de un templo en ruinas.

Porque se acude a la hoguera con un temple distinto,
en un silencio de sabana y enjambre.

La poda de rosales inunda la llovizna
y mirlos y jilgueros acunan su canción.

Hablar con la lengua desnuda
de las horas, de la rumia de morteros.

Dejarse decir en un idioma
a todas luces insuficiente
con la voz anaranjada de un ensueño de verano.

Entregarse al olor del jazmín,
su buganvilla de suspiros
que recogen el dolor ancestral de los azulejos.
Como si pretendieras abarcar en tus brazos
la palabra invisible de la Historia
mecida en su reino inmaculado de platos en la pared
y lejía y rosarios por la salvación de los necios.

Abrazar a una mujer de plata,
tierna como una montaña de pizarra,
en todas las alturas de tu edad.

LA AZOTEA

Es tu nombre, en mi boca,
un palo de lluvia, luces
iluminando mi rostro
atorado de palabras.

Quizá pudiera decir:
Cosquillas de seis de enero.
Un prelude de verano.
Labios de mar y salitre.

Quizá podría decir:
Caricias de santa bárbara.
Un canto de libertad.
Amor del tiempo futuro.

Hablar de ti es hablar de
oasis en el desierto,
de la casa y del refugio,
del vals de las madrugadas.

Es tu nombre, en mi boca,
un bálsamo en mi herida
y una luz en el mundo
tu sueño de tinta y pan.

EL ESTUDIO

*Que la vida iba en serio
uno lo empieza a comprender más tarde*
— si el código postal te favorece
e ignoras la sed del mediodía.

Qué vergel
si no fuese por la sequía
que inunda el grito de las sienas,
si el decorado no nos aplacara
con su lengua de caramelo,
si no fuese por la pintura alegre
del payaso triste,
por la estrechez de los besos,
por la piel fina de la gran bestia.

¿Y si la vida entera
fuera este cuartito sin paredes
donde la luz convoca a su reino de semilla?
Si la vida fuera estas palabras inquietas,
traviesas, que caminan hacia la sangre,

si la vida fuera estas caricias,
este cante roto que atraviesa,
si la vida fuera esta locura,
si la vida fuera estos abrazos,

si la vida fuera este ojo limpio,
esta vid en ciérne y boca clara,
si la vida fuera este cuidado,
si la vida fuera este cobijo,

quién necesitaría tribunales
tras la claudicación total
del desequilibrio y la prisa,
qué poco extrañaríamos
tanto gobierno del miedo
y tanta academia del idioma.

LA CASA

No es esta casa que se construye la que erige mi padre
sobre las ruinas de todos los fantasmas.

Es un territorio inexplorado quien nos llama y vamos
como perros a la lumbre para decorar paredes escarchadas
con bocas de azafrán.

Hay cobijo para desbordarnos en la piel que nos acoge sin
temor a equivocarnos. Un beso y un mordisco trepan igual
por la sangre.

No es esta casa que se limpia la que desinfecta mi madre
en las llagas de todas las abuelas.

Es un llanto de camaleón quien nos canta en el idioma de la sal y atravesamos las sombras como un baile de tierra reposa en sábanas de verano.

Hay fuego que no arde pero ilumina y en las lámparas crecen cactus y terciopelos. Una palabra y una caricia nacen en el mismo desván.

No es esta casa que se intuye la que improvisan mis hermanos jugando a la historia de todos los calendarios.

Es un abrazo perdido en los bolsillos de los otoños y caemos como moscas en el almíbar de los paisajes que dibujamos en el hueco de las ventanas.

Hay puertas para hacer crisálidas en sus marcos y fundar el sudor de cada almohada.

Un grito y una risa vacían los estómagos por igual.

EL REFUGIO

Aquí, en el refugio, el cobijo es un desbordarse.

Aquí la luz más luminosa es la más tenue, el aire oxigena con calidez y la voz más clara no siempre es la más alta.

Aquí, en el refugio, la música ensancha porque encoge y estremece las entrañas.

Aquí la duda. Indagar obliga a realizar círculos, pero también espirales. Aquí es preferible perderse que andar perdido.

Aquí, en el refugio, las voces pueden hundirte, pero nada te empequeñecerá si las escuchas.

Aquí la ternura y la crudeza se dan la mano, abrigan el llanto del atardecer y respiran cuanto está por venir. Aquí nace el mar.

Microrrelato

DESDIBUJARSE
Socorro Celada Pérez

Desdibujarse

CADA mañana cuando lavan su cuerpo arrugado, observa el tatuaje: Una flor exuberante en su brazo con tallo hasta el codo. Recuerda cuando el sepia era un rojo sangría y el marrón suave, un coral anaranjado. Está cansado de tantos años en cama y quiere apagarse como esa rosa, del todo, hasta desaparecer.

Accésit

AGRESIÓN
África Mesa Rubio

DESCRIBO un rostro, después una mano que se le une por un brazo y un omóplato y una fila de siete vértebras. Luego le añado unos pies sin que sea necesario que vayan calzados, después una cadencia, un dolor, y una cadena de sucesos que van a parar a un bosque con un secreto. Entre los laureles una mandíbula cae sobre la presa, le muerde la infancia. El tiempo viaja deprisa, salta sobre las areniscas. El rostro regresa, no busca recuerdos, solo desahogar la rabia. Levanta las piedras y golpea los árboles con los gritos silenciados. Ahora, lo borro todo.

Este libro se terminó de imprimir el 26 de julio de 2023, justo 148 años después de que el poeta Antonio Machado, al que tendréis muy presente en vuestra andadura en la Universidad de Cádiz, empezara su caminar en la vida.



